

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



LA NIETA DEL BOHEMIO

POR

RENÉ POYEN (MINUTIYO)

N.º 31

Y LA NIÑA BOUBOULE

30 cts.

La Novela Femenina
Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona

Año I

Núm. 31

**LA NIETA DEL
BOHEMIO**

*Sentimental producción, según el argumento
del malogrado escritor LOUIS FEUILLADE
y MAURICIO CHAMPREUX.*

Interpretación de la niña

BOUBOULE y RENÉ POYEN

Producción GAUMONT

Exclusiva de

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66.—BARCELONA y Sucursales.





La nieta del Bohemio

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Es como un oasis bienhechor para los artistas de poco pelo, la agencia Orfeo, que manda a provincias un poco de lo bueno y mucho de lo malo que en París se cobija bajo el pabellón de la farándula.

El Director de dicha agencia se disponía, cierta mañana, a dar por terminado el trabajo hasta después de comer, e iba a marcharse, cuando su secretario anuncióle un último visitante: el virtuoso Pascalón.

—Dígale que no hay nada para él—respondió el Director con desdén a su empleado.

—Es que, como usted sabe, señor, con esta ya van cuatro veces que Pascalón viene a pedir bolos...

—Hágale entrar. Yo mismo lo despacharé de una vez para siempre.

El secretario cumplió la orden, e inmediatamente pasaron al despacho de la dirección, el virtuoso y una niña de corta edad, muy simpática y viva.

—Pascalón, ¿no comprende usted que en

esta agencia está perdiendo su tiempo lastimosamente?

—¿Por qué, señor Bernard? ¡Estoy tan necesitado de dinero!...

—Ya sabe que yo tengo la obligación de ser franco, y por esa razón le digo a usted que se olvida sin duda de que sus últimas audiciones fueron un fracaso total, absoluto... ¿Cómo quiere que yo le proporcione contratos en esas condiciones?

—No es que me duela su franqueza, señor Bernard, como podría usted interpretarlo por mi tristeza, sino la realidad misma, la miseria en que vivo que me roba todas las ilusiones y arruina mis nervios. Pero hoy tengo algo nuevo que proponerle...

—¿Qué es ello?

—Se trata de mi nietecita, Lucía...

—¿De esta chiquilla? ¿Y qué piensa usted hacer con ella?

—Su madre era bailarina, y la pequeña lleva el baile en la sangre. Yo le he enseñado algunos pasos y creo que no hace el ridículo... Si quiere usted juzgar por sí mismo...

—No, no, ahora no; tengo muchísimo trabajo.

La niña, sin hacer caso de la poca disposición del señor Bernard para detenerse a examinar su valer artístico-coreográfico, dijo, por su cuenta, impidiéndole que se marchase:

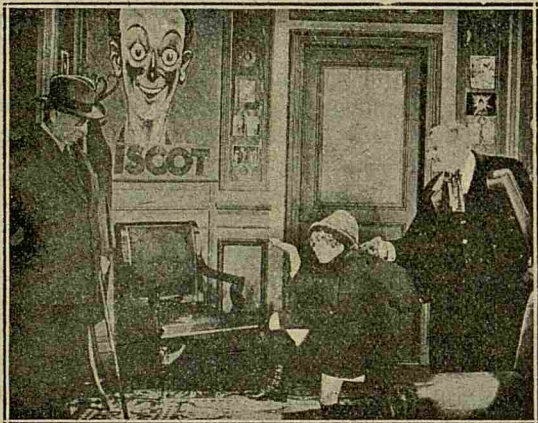
—¿Quiere usted que le baile una machicha brasileña?

Y dibujó algunas figuras descongestionantes de la caprichosa danza.

—¿O prefiere usted las danzas clásicas?— añadió la chiquilla.

Y, cómicamente, imitó a Tórtola Valencia.

Para librarse de Pascalón y su nieta, el señor Bernard se acogió a la ley que prohíbe a



Y, cómicamente, imitó a Tórtola Valencia.

los chiquillos trabajar en los *music-halls*, reconociéndolo así el viejo violinista.

Sin embargo, el señor Bernard, recordando de súbito que tenía que combinar un programa serio para una *matinée* en el Hotel Continental, creyó que sería un buen número el de la presentación de la pequeña Lucía como bailarina, acompañándola al violín su abuelo.

Pascalón aceptó la oferta del agente, aunque ello no era precisamente lo que correspondía a un músico de su clase. Pero por la niña misma debía hacerlo, pues era imprescindible ganar dinero para poder comer.

Esa *matinée* tuvo lugar aquella misma tar-



Pascalón aceptó la oferta del agente...

de, y la niña se presentó ante una numerosa y distinguida concurrencia.

Pascalón anunció lo que él iba a interpretar y su nieta bailar.

—Señoras y caballeros: la niña Lucía Pas-

calón va a danzar ante ustedes al compás de "La Primavera", de Mendehlsson.

La aparición de Lucía fué sumamente agradable a la concurrencia, pues la chiquilla de-
rrochaba simpatía y decisión.

El abuelo se entregó en cuerpo y alma a

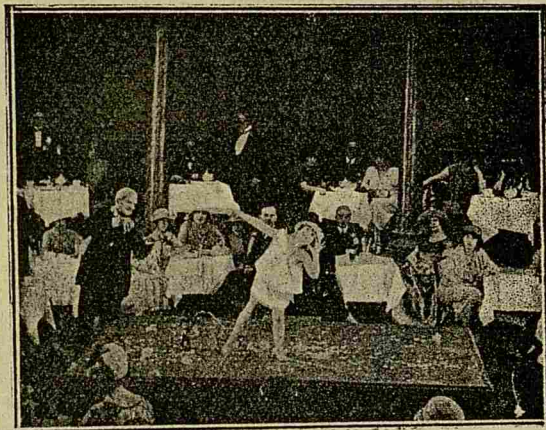


La aparición de Lucía fué sumamente agradable a la concurrencia...

arrancar de las cuerdas de su instrumento toda la divinidad de la partitura del maestro, y, sugestionada por la armonía, la niña estuvo incomparablemente deliciosa.

No parecía sino que Lucía estaba en el espíritu del músico, pues sus gestos correspondían con asombrosa precisión a las notas del violín.

Un matrimonio extranjero, los señores Reid, millonarios yanquis, parecían hipnotizados por las actitudes de la niña.



Sugestionada por la armonía, la niña estuvo incomparablemente deliciosa.

De pronto la señora, estrechando una mano de su esposo, le dijo:

—¡Qué parecido tan extraordinario!

El señor Reid convino en ello, y los dos no dejaron de contemplar a Lucía mientras duró el baile artístico.

Al terminar el número de Pascalón y su nieta, el millonario se dirigió al administrador del hotel y le preguntó si le sería posible entrevistarse con el músico, pues le interesaba cambiar con él algunas palabras.

Dicho administrador trasladó la petición al violinista, y a poco éste y su nieta se presentaban ante los americanos.

La esposa del distinguido caballero abrazó efusivamente a la niña, que, cariñosa, correspondía a los besos que recibía de la señora.

El abuelo, sin comprender, miraba atónito a los desconocidos, y no tardó en saber el motivo de aquellos arranques de afecto con su nieta.

—No hace mucho tiempo que se nos murió a nosotros una niña de esta edad—dijo el señor Reid—...y esta pequeña es su retrato viviente.

—Siendo así, me hago cargo...

—¿Viven ustedes dichosos los dos juntos?

—¡Quién lo duda, señores! Pero la pobreza es nuestro peor enemigo... Precisamente, ahora he tenido que empeñar mi reloj, con cadena y todo, para pagar el vestido que Lucía lleva puesto.

—Es muy lindo, por cierto...

—¡Y hemos triunfado, y tengo fe en su porvenir!

—Esta niña me recuerda tanto a la mía... que con mucho gusto, nosotros...

—¿Qué quiere usted decir, señora?...

—¿No consentiría usted en confiarnos a su nieta?

—¿Confiársela?...

—Nosotros la adoptaríamos y viviría siempre a nuestro lado...

Antes de que el abuelo pudiera contestar que no le sería posible renunciar a su nietecita, Lucía respondió a los millonarios, echándose al cuello de su buen viejo:

—¡Yo no quiero separarme del abuelito!

La réplica de la niña era firme. Así lo entendieron los americanos, que, muy a pesar de la señora, no se atrevieron a insistir en su deseo.

El señor sacóse su cartera, para dar algo a Pascalón, y echó mano de un billete de los grandes, de los que corren poco.

—Tome esto para la niña... Es un pequeño recuerdo de nuestra entrevista—le dijo el yanqui al violinista entregándole el dinero.

Pascalón agradeció con toda su alma la pródiga dádiva, sin mirar a cuánto ascendía exactamente, y cuando, después de despedirse Lucía de sus bienhechores, el abuelo miró el billete, por poco se cae de espaldas. ¡El regalo era nada menos que un billete de mil dólares!

—¡Lucía! ¡Mira qué cosa más extraordinaria! ¡Son mil dólares! ¡Y dijo que era un "pequeño recuerdo"!... ¡Pequeña, vamos a darnos un banquete digno de un emperador!

—¡Vamos, abuelo! Y te aseguro que voy a comer una barbaridad, porque tengo un apetito..

Un poco más tarde, el abuelo y la nieta se habían instalado en una mesa de un modesto pero renombrado *restaurant*, y se llenaron el buche por lo menos para ocho días.

Como remate de la "orgía", Pascalón pidió un habano, para que la fiesta fuese bien sonada, y mientras se deleitaba en darle al cigarro suaves chupaditas, el camarero, un poco extrañado de que un hombre de aspecto pobre como su desconocido cliente hubiera hecho el gasto que suponía todo lo que habían encargado él y la niña, lo vigilaba atentamente, por si, a lo mejor—que sería lo peor—, levantaba el vuelo.

Pascalón, al llegar la hora de pagar la cuenta, buscó en el bolsillo interior de su americana el billete que le dieran los yanquis, y ¡cuál no sería su asombro al notar que no estaba en él!

Lucía seguía intranquilamente los gestos de su abuelo, y como a pesar de su deseo de encontrar el dinero, aquél no daba con él, los dos sudaban presas de angustia.

El camarero se iba afirmando en sus sospechas de antes, y redoblaba su vigilancia.

El abuelo no sabía qué partido tomar, cuando, con la consiguiente alegría, Lucía exclamó:

—¡Pero, abuelito, si tienes el billete en el bolsillo de las gafas, a guisa de pañuelo!

—¡Alabado sea Dios, Lucía! ¡Pues es verdad!

En efecto, el abuelo se había puesto el billete en dicho bolsillo, sin acordarse de ello.

De modo que el camarero no vió cumplidos sus pronósticos, y es de suponer el asombro que tuvo al recibir de manos de Pascalón tan enorme suma en un simple papel.

—¿No tiene moneda francesa? — le preguntó.

—No, señor; no tengo más que eso...

Como *eso* era mucho, el camarero consultó con la cajera lo que debía hacer, y ésta, que era la esposa del dueño, el cocinero de la casa, mandó llamar a su marido, para consultar a su vez con él ese caso.

—¡Retortas! ¡Mil dólares!—exclamó el cocinero—. Pero esto representa veintitrés mil franco. al cambio del día... ¿Quién es el ricacho que gasta el lujo de cambiar en un *restaurant* esta clase de *pápiros*?

—Ese buen hombre... el de allí... el de la niña...

—¿Ese violinista arruinado? ¿Y es un pobre bohemio el que cambia, así como así, sumas fantásticas?

—Eso huele a quemado

—¡Y que lo digas, Seraffín! No cabe duda: o el billete es falso, o ha sido robado.

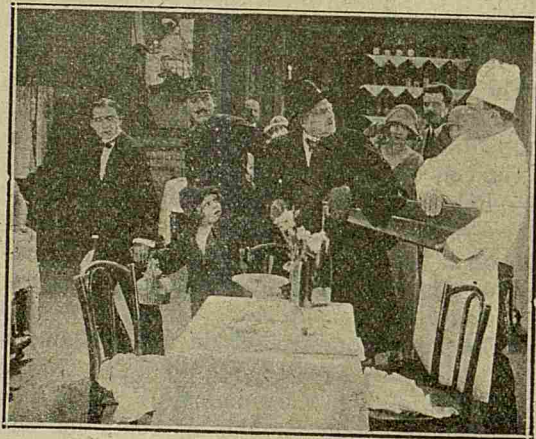
—Esa fué mi primera impresión.

—Ve a llamar a un *gendarme*... y mientras tanto yo voy a entretener a ese sospechoso.

Así obraron el patrón y el dependiente, y el guardia que fué requerido por este último, participando de los mismos temores respecto

a la honradez de Pascalón, se llevó al virtuoso sin hacer caso de sus protestas de inocencia, ni de los empujones de Lucía, que se resistía a que se atropellase de aquella manera a su abuelo.

El cocinero, a fin de asegurarse el pago de lo que habían consumido Pascalón y su nieta,



El cocinero, a fin de asegurarse el pago de lo que habían consumido Pascalón y su nieta, se apoderó del violín...

se apoderó del violín del primero, prometiendo que lo devolvería contra entrega del importe de su nota.

Conducido a la comisaría, Pascalón, sometido a un severo interrogatorio, declaró la verdad.

Incrédulo, el comisario respondió:

—Pero, ¿cómo se llama ese americano tan espléndido?

—No lo sé, señor comisario. Si usted quisiera molestarse, podría preguntar ese detalle al despacho del Hotel Continental, donde le conocimos.

El comisario creyó buena la indicación del artista, y llamó al teléfono al encargado del establecimiento donde se hospedaban los yanquis.

Mas he aquí lo que contestó ese señor:

—No dando el nombre, es imposible saber a quién se refiere usted. Hay más de doscientos americanos en este hotel.

Como el comisario no parecía dispuesto a molestarse más para esclarecer los hechos, convencido, sin duda, de que Pascalón mentía, Lucía, que lo echó de ver, dió a conocer su energía:

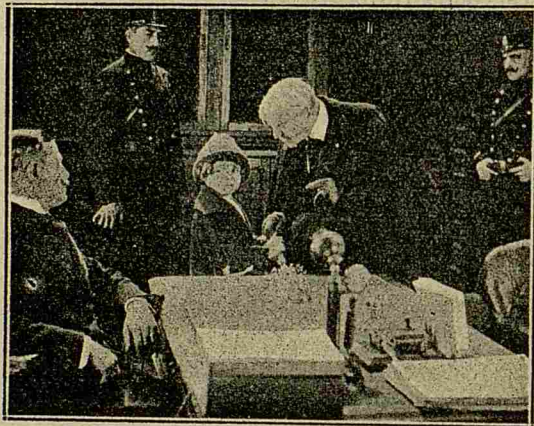
—Que me acompañe un agente al Hotel Continental—dijo—, y yo me encargo de encontrar a esos americanos.

No se negó el comisario a dar satisfacción a la chiquilla, pero mientras ella se alejaba, con un guardia, hacia el hotel, aquél mandó que se encerrase al abuelo en la celda común, en espera de los acontecimientos.

Pascalón mostró al comisario el distintivo de oficial de la legión de honor que ostentaba en el ojal de la solapa, y le suplicó que por lo que más quisiera no le tratase como a un delincuente, pues no lo era.

La honrosa insignia del virtuoso hizo renunciar al comisario a su orden, y Pascalón esperó a su nieta en la sala donde mataban el tiempo los guardias...

Lucía, al llegar al hotel, fué reconocida al momento por el dueño del mismo, que se acercó a acariciarla, y a decirle:



—Que me acompañe un agente al Hotel Continental, y yo me encargo de encontrar a esos americanos.

—¿Qué te trae por aquí, pequeña?... ¿Has perdido a tu abuelo?

—El pobre abuelo—respondió la niña—está preso, porque nadie quiere creer que sea de él el billete de mil dólares que le dieron los americanos.

—No te preocupes, muchacha. Eso es un error y yo voy a aclararlo.

El guardia que acompañaba a Lucía preguntó si los americanos en cuestión estaban en el hotel, para oír su declaración, y el dueño del establecimiento dijo al representante de la autoridad:

—Esos señores americanos acaban de salir, pero yo, que soy el director de este hotel, puedo atestiguar que los mil dólares pertenecen a Pascalón.

Sin detenerse a dar más explicaciones, el amable director del hotel cogió a Lucía de la mano y se trasladó a la comisaría.

Recibido por el comisario, aquél declaró que Pascalón era un hombre honrado a carta cabal, afirmando rotundamente que el billete le pertenecía en absoluto.

Ante tal declaración, el bohemio fué puesto en libertad, devolviéndosele el billete, no atreviéndose el buen hombre a aceptarlo.

El director del hotel, comprendiendo que Pascalón prefería la tranquilidad al billete, se lo cambió en la comisaría misma, pues ya había tomado sus precauciones al salir de su despacho.

Uno por uno fueron sumándose los billetes hasta alcanzar la cifra de veintitrés mil francos, y los guardias abrían unos ojos que parecían limones.

Ya fuera, y camino de la buhardilla del bohemio, Lucía construía castillos en el aire considerándose rica.

Bruscamente, Pascalón tuvo que apoyarse en la pared de la calle para no caer. La cabeza le daba vueltas y el corazón parecía que quería detenerse.

—¿Qué te pasa, abuelito?—preguntó, alarmada, la chica.

—Nada, niña, nada... No es nada...

—Apóyate en mí, abuelito...

—No, no... si ya puedo andar... si no tengo nada...

Pero a pesar de su buena voluntad, Pascalón no pudo seguir adelante solo... y Lucía fué su abnegado lazarillo.

Tan pronto llegaron a su casa, Pascalón, ayudado por su nietecita, se metió en la cama, y no pudo menos de lamentarse:

—¡Demasiado tarde, Lucía!... ¡La fortuna llega a mis manos demasiado tarde!

—Por favor, abuelito, no digas esas cosas. ¡Ahora que vamos a ser tan felices! Mira, para que te duermas, te voy a leer unos versos.

Y Pascalón se amodorró, vencido por el dolor moral que había experimentado al convenirse de que un pobre no es considerado en ninguna parte como corresponde a su dignidad... que basta ser un pobre diablo para que el mundo se crea con derecho a tratarlo como a un perro.

¡Quién había de decirle a él, cuya vida fué ejemplar, que al final de su existencia iba a ser detenido como un estafador!

Y, aquella noche, el sueño del abuelo estuvo poblado de pesadillas.

Por la mañana, Lucía, alarmada de la fiebre que se había apoderado de su buen viejo, mandó llamar al médico por la portera.

El galeno, después de examinar al enfermo, emitió el siguiente diagnóstico:

—Es un caso que requiere muchos cuidados, señor Pascalón. Voy a hacer que lo lleven al hospital.

—No, no; al hospital, no—dijo Lucía—. No se moverá de aquí.

—¿Quedarse aquí? ¿Pero quién va a cuidarlo?

—¿Que quién va a cuidar a mi abuelito? ¡Pues yo!

—¿Tú, Lucía?

—¿No me cree usted capaz? Además, la portera es muy amiga mía, y cualquier cosa que se me ocurra pedirle...

—No digo más, muchacha. Volveré mañana, a ver cómo sigue el abuelito.

A solas nieta y abuelo, la primera preguntó al anciano:

—Tú tienes una sobrina, que se llama Escolástica, que vive en la montaña, ¿no es verdad?

—Sí... pero está lejos... y tal vez no se acuerde ya de mí...

—¡No ha de acordarse de ti, siendo tú tan bueno! Dame su dirección. Voy a escribirle que estás enfermo. Ya verás como la tenemos aquí en seguida. Porque yo no quiero que se te lleven al hospital.

Pascalón no se negó a que se hiciera llama-

miento a la generosidad de Escolástica, pues se sentía verdaderamente agotado, y la niña llenó una hoja de papel al efecto.

Después, depositada la carta en el buzón del correo, Lucía fué al *restaurant* donde comieron ella y su abuelo la víspera, y reclamó el violín, que quedó allí.

—¿Traes el dinero para liquidar la cuenta?

—Lo traigo, sí, y aquí está. ¡Me parece que podrían ustedes tener un poco más de corazón!

—¿Pusieron en la sombra a tu abuelo?

—Se habrían alegrado, ¿verdad? Pues no, no lo encerraron, porque a los buenos no hay por qué mandarlos a la cárcel. ¡A ustedes los mandarían yo, y pronto!

—¿Sabes que eres muy lista?

—Denme el violín de mi abuelo, cóbrense lo que les debemos, y no me molesten más con su conversación. Les aseguro que me moriría de hambre y no vendría a comer en esta casa.

—¿No te gusta nuestra manera de cocinar?

—Quien no me gusta son ustedes. ¡Hala, hablen con las paredes, que son, tal vez, menos duras que ustedes!

El cocinero, su costilla y el dependiente, se quedaron boquiabiertos.

Después de recuperar el violín, Lucía, siempre en su papel de ama de casa, creyó prudente rescatar el reloj de su abuelito, y se dirigió al Monte de Piedad.

Llevaba la correspondiente papeleta, pero, a pesar de ello, el empleado de la ventanilla

se negó a hacer el canje, pues el reglamento prohibía hacer operaciones con menores de edad.

—Yo no me marché de aquí sin el reloj— se dijo Lucía—. Si ese buen hombre me ayudase... Voy a probar.

La niña se acercó a un sujeto con cara de miseria, que iba a empeñar un lío de ropas, y le propuso lo siguiente:

—¿Quiere usted ganarse cinco francos? No tiene que hacer más que sacarme el reloj que corresponde a esta papeleta. A usted, sin preguntarle nada, se lo darán. A mí, que soy la dueña, me lo niegan.

Ni que decir tiene que el hombre cumplió el deseo de Lucía, y que ésta, haciendo honor a su palabra, pagó el duro religiosamente.

Un poco después, Lucía hacía su entrada triunfal en su casa, en la que dejó al cuidado del abuelo, a la portera, mediante retribución, claro está, porque en el mundo todos los favores se pagan de una manera u otra.

—Abuelito, alégrate. Toma: tu violín... y tu reloj—le dijo al anciano, sorprendiéndole tanto que se le escaparon las lágrimas.

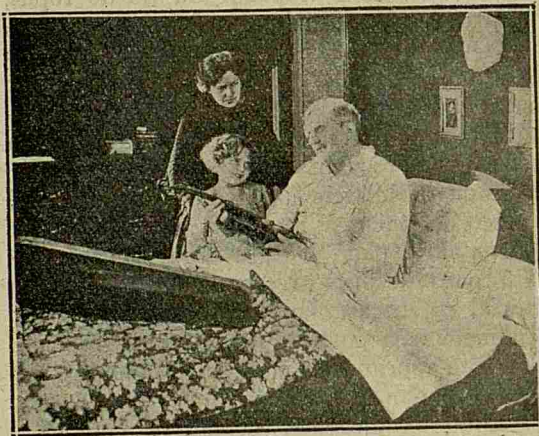
**

En un pueblecito de la montaña, Escolástica Pascalón, la sobrina del violinista, poseía una modesta tienda de comestibles, que era a la vez el único bar de la población y sus alrededores.

Su hijo Blas, que no le perdonaba a la au-

tora de sus días el haber contraído segundas nupcias con un fresco, era un muchacho muy simpático y trabajador.

El fresco en cuestión era Nemesio Gibonnard, que no sólo se bebía las existencias de la casa, sino que se daba una maña especial para librar de peso a los cajones.



—Abuelito, alégrate. Toma: tu violín...

Aquella mañana, el cartero entregó a Nemesio una misiva para Escolástica, delante de Blas.

El chico, como la carta era para su madre, hizo ademán de recibirla él para dársela a ella, pero Nemesio, apartándolo con pésimas formas, dijo, apoderándose de aquella:

—Como la señora viuda de Pascalón es aho-

ra la señora de Gibonnard, me parece que puedo tomarme la libertad de abrir su correspondencia.

La interesada, que también estaba con Blas y su padraastro, sonrió al segundo, autorizándole a abrir la aludida carta.

Nemesio, dándose un aire napoleónico, rasgó el sobre, desdobló la carta, y al hacer esta operación cayeron encima de la mesa tres flamantes billetes de banco.

—¡Hola! ¡Dinero, mujer! ¡Trescientos francos!

—¿Quién los manda?

—Ahora lo sabremos.

Nemesio guardóse el dinero, y leyó la carta en que llegaron:

Querida prima Escolástica:

Te escribo para decirte que tu tío, el señor Pascalón, mi abuelo, es á muy malo.

Tú eres su única pariente, y como él me decía siempre que tú tenías tan buen corazón, te pido que bengas a cuidarle, porque ahora somos ricos y no cierto que vaya al ospital.

Te mando un poco de dinero para el biaje y te espera con el alma en un hilo tu prima que te ciere
Lucía Pascalón.

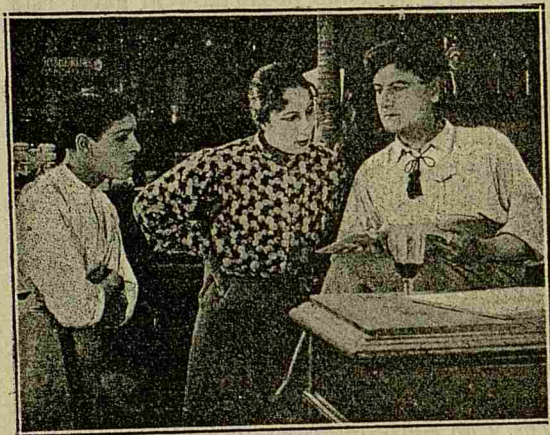
—¡Pobre tío!—suspiró Escolástica—. ¿Qué debo hacer, Nemesio?

—Nada, Escó'ástica. No hay que dudar. Tu sitio está al lado de tu tío rico, que puede acordarse de ti en el testamento.

—Todo es posible. ¿De modo que tú me aconsejas que vaya a verle?

—Sí, mujer. Vete tranquila, que en tu ausencia yo llevaré las riendas de la casa.

Blas, al oír la contestación de su padre referente a la administración de la tienda, hizo una mueca de desagrado. ¡Menos mal que también quedaba él en la tienda, para vigilar al administrador!



—Nada, Escolástica. No hay que dudar. Tu sitio está al lado de tu tío rico.

Y Escolástica hizo su maleta y partió hacia París.

Al correr de las horas se agravaba la enfermedad del virtuoso Pascalón, inspirando serios temores a cuantos le rodeaban.

Escolástica llegó casi tarde para ver aún

vivo a su tío, que, mansamente, se extinguió puesto su pensamiento por entero en Lucía.

El dolor de la niña no hallaba consuelo sino besando el amado rostro del desaparecido, desgarrándole el alma la separación definitiva.

Cuando todo hubo terminado, Lucía decidió acompañar a su prima en su viaje de regreso a la montaña, dispuesta a vivir con ella.

Antes, hablaron de la herencia del abuelo, depositando Lucía, con toda confianza, en manos de Escolástica, veinte mil francos que quedaban en la cartera que fué del difunto. Los tres mil francos que faltaban para completar los veintitrés mil que recibieron de los americanos, se habían ido en gastos de enfermedad, y demás obligaciones... sí que también en aprovechamientos propios del desconcierto de los familiares en casos tan funestos como el de la muerte de un querido ser. La portera, a pesar de ser muy buena, se debió llevar también algún billete. ¡El mundo es así!

Escolástica, al recibir el dinero de Lucía, dijo a ésta sin doble intención, con nobleza:

—Colocaremos este dinero en casa del notario de San Julián, y cuando seas mayor, allí lo encontrarás.

—Lo que tú quieras, prima.

Mientras tanto, el amigo Nemesio, que se perecía por el *flirt*, saboreaba la libertad, conquistando a una irresistible nómada que se ganaba la vida de pueblo en pueblo confeccionando y vendiendo cestos de mimbré.

—Yo, con usted, me iría hasta el fin del

mundo, si fuese necesario, y viajaría hasta en dirigitible—susurróle el esposo infiel a la coqueta, que se dejaba galantear.

—¿Y por qué no lo hace si es su gusto?—replicó la mujer.

Encantado de su conquista, Nemesio prometió acudir a las nueve al campamento de los aventureros, no importándole un ardite el que Blas, su hijastro, le hubiese estado espiondo mientras él enamoraba a la barbiana.

Cuando ésta se marchó, Nemesio recogió el dinero que había en el cajón de la mesa de las bebidas, y le pidió luego a Blas el que había recaudado en la venta de comestibles.

—¿Cuánto dinero hay en la caja, muchacho?

—Eso no le importa a usted.

—¿Eh? ¡Mal educado! ¡Dame en seguida la llave del cajón, y tengamos la fiesta en paz!

—¡No se la daré, aunque me brutalice! Este dinero es de mi madre. Usted lo quiere para ir a gastárselo de cualquier modo, y yo no lo puedo tolerar.

—¡Maldita sea!

La manaza de Nemesio se descargó sobre Blas, pero pronto cesó el padraastro de pegarle, pues Escolástica llegaba en aquel momento a pocos pasos de la tienda.

Cambiando su rostro serio por el de hipócrita alegría, Nemesio salió a recibir a su mujer, pero al ver a la niña, a quien Blas besó cariñosamente, correspondiéndole ella de igual modo, preguntó, con reproche:

—¿Qué es eso? ¿Es que vamos a cargar con esa pequeña?

Escolástica, compadecida de la suerte de su primita, la amparó en su corazón, y contestó a su marido:

—La pobrecita está sola en el mundo... porque mi tío, su abuelo, ha fallecido, como puedes juzgarlo por mi luto. ¿Nos la quedaremos, verdad? Además—añadió la prima para vencer la oposición que pudiera hacerle Nemesio—, trae su dinerito...

—¡Ah! ¿Trae dinero?... Siéntate, mujer, que debes estar fatigada...

Los niños se habían alejado del matrimonio, complaciéndose Blas en enseñarle a Lucía la tienda.

—¿De modo que la niña no es tan pobre como lo parece?—prosiguió Nemesio—. Más vale así, pobrecita. Tú debes traer el dinero contigo, ¿verdad?

—Está en la maleta... Míralo.. Mañana lo depositaré a su nombre en casa del notario.

—Es lo mejor que podemos hacer... para evitar que se nos pierda por ahí... Y, qué, ¿hay mucho dinero en la cartera?

—¡Veinte mil francos!

—¿Veinte mil, has dicho? ¡Casi no se puede creer!

—Podemos verificarlo. Mira, si no. Veinte billetes de mil. Ni uno más ni uno menos.

—En efecto. Dámelos. Yo los guardaré.

—No, Nemesio. No quieras correr el riesgo

de perderlos... o de que te los roben, ya que veo que te dispones a salir.

—Quita, mujer. Ya no soy ningún niño para que me birlen los cuartos, o para perderlos.

—No, no, Nemesio... No te quedes con el dinero de la niña... Yo misma iré mañana a de-



—¡No, no saldrás! ¡Tú quieres robar ese dinero!

positarlo en casa del notario.

—¡No te pongas tonta, Escolástica! El dinero lo guardaré yo, quieras o no quieras. ¡Y basta!

—¿Qué significa e to, Nemesio? Dame el dinero. ¡Dámelo, te digo!

—¡Aparta ya, estafermo!

—¡No, no saldrás! ¡Tú quieres robar ese dinero! ¿Es que vas a huir?

—Apártate, te repito.

—¡Ladrón!—gritó Blas, arrojándose sobre su padrastro, que luchaba con su madre para apartarla de la puerta de salida al campo.

Nemesio se desprendió del chico fácilmente, echándolo en tierra, y luego, ofuscado por la riqueza y por la bohemia que le escuchó complacida un poco antes, dió un formidable empujón a Escolástica, mandándola a rodar al suelo, y pegándose la mujer un tremendo golpe en la sien al chocar con el canto del mostrador.

El infame desapareció, para siempre, y Blas y Lucía se apresuraron a auxiliar a Escolástica, que había perdido el conocimiento y de cuya sien herida manaba sangre.

Lucía empapó el mal en agua desinfectante, reanimándose la pobre mujer.

Al recobrar ésta la noción de la realidad, arrodillóse ante su prima, y, juntando sus manos, le imploró:

—¡Perdóname, Lucía, perdóname!... Yo he tenido la culpa de que te hayan robado tu herencia...

**

Desde aquel día aciago, se convirtió la casa en un infierno.

La buena Escolástica buscaba la flor del olvido en el fondo de las copas de aguardiente.

Y Lucía, en tanto, arrastraba una existen-

cia triste, sin alegría, sin esas risas ruidosas de la infancia.

Blas sufría horriblemente ante la ruina de su hogar, y en su espíritu germinaban ideas de emancipación.

Lo que menos podía tolerar el muchacho era que su madre pegase a Lucía, en sus momentos de inconsciencia producida por el exceso de alcohol, que solían ser muchos, por cualquier cosa.

En verdad, el cariño que Blas y Lucía se profesaban era de aquellos que no se olvidan en la vida.

Un buen día, la casualidad, en forma de una *panne* de auto, llevó a la tienda de Escolástica al matrimonio Reid, mientras la alcohólica se hallaba durmiendo en una explanada del monte, a donde había ido con Lucía para ayudarla a tender la ropa.

El señor Reid entró en la tienda para pedir un refresco mientras el *chauffeur* reparaba la avería del coche, y recibió una gratísima sorpresa encontrando allí a Lucía, que precisamente había estado soñando con dicho matrimonio.

La niña se resistió a creer que era cierto lo que sus ojos veían, pero, al fin, se rindió a la realidad.

El señor Reid llamó a su esposa, y juntos oyeron el relato de la odisea de la niña:

—El pobre abuelito se murió... y desde entonces estoy aquí...

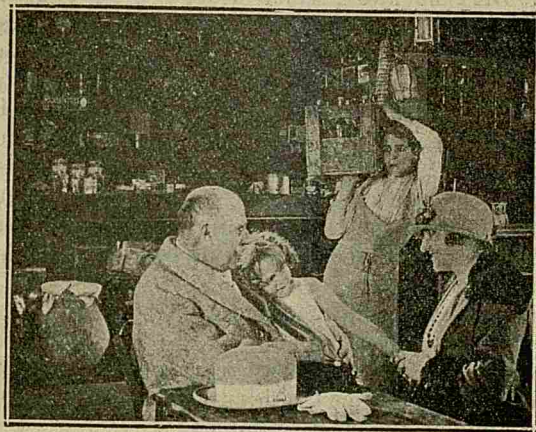
Blas, apareciendo, miraba alternativamente

a Lucía y a los millonarios, no acertando a comprender las pruebas de cariño que se daban mutuamente.

Lucía lo puso al corriente de todo.

—Son los señores americanos que querían llevarme consigo cuando vivía el abuelito...

—¡ Ah! Tanto gusto, señores. Si aun pien-



Blas, apareciendo, miraba alternativamente a Lucía y a los millonarios...

san ustedes como antes respecto a Lucía, y si quieren ustedes hacer una buena obra, señores, llévense a Lucía de aquí... hoy mismo... ahora mismo... porque esta casa es un infierno para ella.

—¡ Cómo, Blas! ¿Quieres que me vaya?— dijo la niña.

—Sí, Lucía, es mejor que te vayas antes de que vuelva mamá.

El matrimonio yanqui, encantado de que Lucía se aviniese a ser adoptada por ellos, se la llevaron tan pronto se hubo ella puesto el vestido nuevo, y la despedida de los dos primitos fué muy emocionante.

Blas no lloró, como Lucía, porque quiso demostrar que era fuerte en sus decisiones; pero cuando quedó solo desató la pena que embargaba su alma en copioso llanto.

Su madre regresó un poco más tarde a la tienda, y sorprendióle encontrar a su hijo llorando.

—¿Qué te sucede, Blas?—preguntóle roncamente la mujer, a quien el descanso había serenado—. ¿Por qué lloras de esa manera, chiquillo?

—Lucía se ha marchado.

—¿Qué dices?

—Sí, se ha marchado con esos americanos que ya antes querían adoptarla... y yo conozco a alguien que se irá también.

El corazón de la madre recibió el aviso de la deserción del hijo que era toda su vida, y el deseo de rehabilitarse para conservar su cariño dictó a su conciencia estas palabras, unidas al más doloroso llanto:

—¡Hijo mío, te juro que no beberé más y que volveré a ser para ti la buena madre que era antes! ¡Pero no te vayas, hijo, no me abandones! ¡Si tú eres lo único que tengo en el mundo!

Blas, temblando todo, abrazóse a su infeliz madre, y uniéronse, como sus corazones, sus lágrimas, prometiendo el noble muchacho seguir siendo para ella el hijo modelo de siempre.

**

En su nueva vida de hija adoptiva de millonarios, no se olvidaba Lucía de las viejas amistades, y Blas recibió, una buena mañana, esta carta llena de cariño y también de promesas...:

...No me olvido de ti, mi buen Blas, es decir, no me olvidaré de ti nunca.

Aunque no podremos vernos a menudo, mi pensamiento siempre será para ti...

¿Qué tal tu mamá?

Escríbeme.

Te quiere

Lucía.

A su vez, Blas, aplicándose, mandó a Lucía la siguiente respuesta:

Querida Lucía:

Sólo dos palabras para decirte que pensamos siempre en ti y que estamos muy contentos de saber lo dichosa que eres.

Mamá está completamente curada, y la tienda ha vuelto a los días de prosperidad.

¡Tengo unas ganas de verte!

Un abrazo muy fuerte de tu primo

Blas.

El cariño es como una flor. Brota el capullo y luego... el tiempo se encarga del resto.

Adelantamos que buena pareja harían Lucía y Blas... y conste que no tenemos nada de curas.

FIN

Prohibida la reproducción. Revisado por la censura gubernativa

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
ESTELLE TAYLOR

PRÓXIMO NÚMERO:

la preciosa comedia dramática

LAS VÍCTIMAS DE LA MALEDICENCIA

Creación de la célebre artista LILLIAN H. DAVIS

Asunto muy interesante

Postal-obsequio: HOOT GIBSON

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA

Sale todos los viernes en toda España.—Precio 30 cts.

AYER APARECIÓ

el número 7 de la original publicación de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de la bellísima estrella

VIOLA DANA

Numerosos datos y fotografías.—Regalo de una lujosa

postal.—Precio popular: 35 céntimos.

Imprenta de la Novela Femenina Cinematográfica.—Barcelona